

MANUEL VALDERRAMA DONAIRE

LOS VIEJOS TERRIBLES



Primera edición

Octubre de 2025

Del texto

© Manuel Valderrama Donaire, 2025

De la cubierta

© Miguel Núñez, 2025

www.instagram.com/miguelnuneztorres

De esta edición

© Macleín y Parker, 2025

Pasaje Lagunas de Ruidera, 6

41701 Dos Hermanas, Sevilla

www.macleinyparker.com

Edición y corrección

Macleín y Parker

Diseño de la colección y maquetación

Antonio Abad (Macleín y Parker)

Impresión

Estilo Estugraf Impresores, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-129077-7-3

Depósito Legal: SE-1910-2025



Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

LOS VIEJOS TERRIBLES



*A las dos ausencias que siempre me acompañan,
Silvia Romero y mi madre, Antonia Donaire*

IN MEMORIAM

Yo solo soy memoria y la memoria que de mí se tenga.

Los recuerdos del porvenir, ELENA GARRO

TESIS



Hay una literatura que no le llega a la masa voraz. Obra de creadores, procedente de una verdadera necesidad del autor y para sí mismo.

TRISTAN TZARA

EN EL ALAMBRE (A MODO DE PRÓLOGO)

Hay vidas que son un ejercicio de funambulismo. Biografías en equilibrio constante entre el deseo de tocar el cielo con las manos y el peligro, bastante más cercano, de caer al vacío. Decidir si los miembros del grupo conocido como Los Viejos Terribles alcanzaron uno u otro destino debiera ser tarea de los lectores. Esos mismos que, con tanta disciplina, los han ignorado hasta hoy.

Durante los últimos años de la segunda década del siglo XXI, cinco escritores que se fingían cuatro, con la ayuda de un artista plástico, todos septuagenarios o a punto de serlo, todos afincados en Sevilla, decidieron unir fuerzas con la vana esperanza de llamar la atención del público y poner de relieve la condena a la invisibilidad que, a su entender, sufren los autores que desarrollan su carrera lejos del escasamente habitado Olimpo de los elegidos. Crearon, siguiendo el ejemplo de las vanguardias de principios del XX, un movimiento al que bautizaron con el nombre de *acabosismo*. Bajo esta etiqueta, más que innovar o desarrollar un estilo homogéneo, pretendían denunciar y eludir la dictadura del mercado del libro. Ignorados por los medios de comunicación, rechazados por las agencias de representación literaria y las grandes editoriales y utilizados como producto de usar y tirar por las independientes, Los Viejos Terribles le echaron un pulso al orden establecido a sabiendas de que el brazo que se doblaría ante la fuerza del contrario sería el suyo. Su desafío estaba condenado a la derrota y, por lo tanto, al olvido. Dadas sus trayectorias,

ya descendentes pese a no haber alcanzado nunca la cima, y su visión de la literatura como un fracaso premeditado, es normal que nada de esto llegara a amedrentarlos.

Antes de poner en marcha el grupo literario en el que fusionarían sus firmas en un ejercicio de *poliautoría*, se veían con asiduidad en una tasca añeja cercana al mercado de abastos de la calle Feria. Uno de esos bares, ya por entonces infrecuentes, en los que el camarero suma a golpe de tiza la cuenta sobre una barra a la que la bayeta mantiene más húmeda que limpia. Este lugar poseía una peculiaridad que lo convertía en el escenario ideal para que nuestros protagonistas celebraran allí sus curiosos cenáculos. Estaba regentado por un padre y un hijo que sufrían, ambos, de una hipoacusia severa, que diría José Luis Cardenal. Menos tendente al barroquismo, María Murube emplearía el término discapacitados auditivos ante la mirada embelesada de Jacques Bellamy. Vamos, que están sordos como una tapia, añadiría Adela Domínguez. En este caso, y para ser más exactos, como dos tapias, apostillaría Miguel Valdivia. Mario Vela se limitaría a observarlos y sonreír mientras piensa que la poesía debe ser más pura envuelta en silencio.

Es cierto que esta circunstancia, la de la sordera, suponía un ligero obstáculo a la hora de pedir las consumiciones. Sobre todo, la primera ronda, cuando no había todavía vasos ni platos sobre la mesa que señalar con el dedo para repetir pedido. No obstante, lo que podría entenderse como un inconveniente representaba al mismo tiempo una gran ventaja en lo que al ambiente sonoro del recinto se refiere, ya que los clientes, contagiados por el silencio de

los camareros, tendían a bajar la voz cuando charlaban. De este modo, nuestros escritores podían oírse unos a otros sin dificultad mientras departían en su mesa de costumbre, situada al fondo y aislada del resto del local por un biombo de madera. A medida que la bebida les insuflaba inspiración, sus voces iban adueñándose del espacio acústico y se lanzaban a proferir versos y declamar insultos a voz en grito. María Murube, todo hay que decirlo, era la excepción en lo que a la ingesta de alcohol se trataba. Ella era la singularidad abstemia que confirmaba la norma, lo que no le impedía participar del *crescendo* colectivo. Se ve que su musa, poco caprichosa, no necesitaba ser invocada a base de efluvios etílicos. Así pasaban el tiempo hasta la hora del cierre, en la que empleaban otros treinta minutos de moratoria para despedirse calurosamente a la puerta del bar antes de regresar cada uno a su casa. Esta rutina, con el paso de los años, mudó de ser periódica, pero intermitente, a frecuente; hasta que la jubilación escalonada de los participantes la convirtió primero en quincenal, después en semanal y, una vez fundado el grupo literario como tal, casi cotidiana.

Sus pocos lectores y la escasa crítica local que alguna vez mostró interés por sus carreras se preguntan todavía hoy cómo un quinteto de autores tan diferentes, pudiera decirse que dispares desde el punto de vista artístico, decidió unirse en un movimiento común. Lo primero que conviene tener en cuenta a la hora de abordar esta cuestión es que la fundación del *acabosismo* no tuvo, a diferencia de las vanguardias a las que imitaba, una motivación estética, sino práctica. Bien pudiera afirmarse que lo que les unió fue

una rebeldía corporativa contra la llamada cultura oficial, por la que se sentían ninguneados. A nadie puede extrañar que, compartiendo oficio (por no llamarlo pasatiempo, ya que cada uno tuvo antes de su retiro una profesión alimenticia y tangible que cubría sus necesidades), uno de los temas más repetidos durante sus reuniones a lo largo de los años fuese el del panorama literario y el caprichoso método de elección de las grandes editoriales a la hora de lanzar al estrellato unas carreras en detrimento de otras. Esta queja repetida dejó de ser un lamento privado para acabar transformándose en la semilla de la que brotó el movimiento después de que Adela Domínguez viese cómo el dulce néctar de un prestigioso premio literario se le escapaba entre los dedos.